

te. Es una verdad, que con la misma medida que midamos á los otros, se nos medirá á nosotros mismos: está dicho por Dios y no puede faltar.

Severa. Lo que decía mi abuela: que no le podía lucir nada de lo que ganaba á un tendero que la quitó media cuarta en dos varas de vayeta que la midió.

Justa. Y lo que decía vd. aquel día, señorita: que *todo lo mal ganado se pierde ello y su amo*, y que solo se tiene lo que se da á los pobrecitos.

Directora. Es verdad; porque las manos de los pobres llevan al cielo las limosnas que los dan, para que lo encuentren allí de mérito los que se las hicieron en este mundo. De todo sacarán vds., que nuestra felicidad y la de todos consiste en amarnos como Dios manda, haciéndonos el bien que podamos y compadeciéndonos los unos de los otros en nuestros trabajos, miserias y penalidades de esta vida.

Severa. Pero los pobres no podemos socorrer á los otros así como los que tienen dinero.

Clementina. Si no podemos así dándoles dinero, les podemos hacer otras cosas. Me quiere á mí tanto una vecina, que está enferma junto á mi casa, porque la voy por un cántaro de agua, y la

peño, y la barro su cuarto, y me estoy allí con ella algunos ratitos. . . .

Maestra. Aprendan vds. todas, y vean cómo podemos contribuir, aun sin dinero, á labrar la felicidad de nuestros semejantes. La caridad es muy ingeniosa.

Clementina. Señorita, mas hace el que quiere que el que puede, ¿es verdad?

Maestra. Cierto, cierto. Todo se reduce á querer á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

Clementina. ¿Para qué no será así toda la gente?

Maestra. Si así fuéramos, sería una gloria vivir en este mundo. Estamos verdaderamente locos; aun cuando Dios no lo hubiera así mandado en su santa ley, lo deberíamos practicar por nuestra propia utilidad y provecho. No puede discurrirse un principio tan universal de felicidad para el género humano, como el querer al otro tanto como á sí mismo. Dios nos llenaría con esto de bendiciones, y nosotros por nuestra parte desterraríamos en lo posible las pesadumbres y dolencias de la humanidad afligida. Estamos locos, estamos locos, no merecemos otro nombre los que huimos de nuestra felicidad y hacemos cuan-

to podemos por ser infelices. No sean vds. así, y con esto habrá menos fátuas y tendremos menos que llorar.

Rector. Dios nos ha hablado por boca de Clementina cuando ha dicho, que por qué no será así toda la gente.

Directora. Así es seguramente: porque todo lo que es apartarse de las dos esencias máximas que en sí lleva la ley divina, todo es apartarse de nuestra felicidad temporal y eterna.

Rector. “Jesucristo (dice un moderno autor) es el que dió al mundo un código de moral y de doctrina, el mas perfecto, el mas sublime de cuantos se hallan en los anales del universo: un código el mas digno de la magestad de Dios y el mas adaptable á la naturaleza del hombre: un código cuyas partes tan sencillas como luminosas están de tal modo enlazadas entre sí, que si negais tan solo una, todas las demas reclaman vuestra incredulidad: un código que conviene á todos los paises, á todos los climas, á todos los pueblos, á todos los gobiernos: al hombre sano y al enfermo, al poderoso y al débil, al rico y al pobre, al sábio y al ignorante, á todas las edades, á todos los estados, á todas las condiciones: un código, en fin, que derribando todos los muros de division, ele-

vados entre los pueblos por la mano de la política, hace de las distintas sociedades, difundidas por el globo como dice Bonnet, una sola familia; estrecha entre sí á todos los miembros de esta; enlaza á esta misma familia con la grande familia de las inteligencias, y da á todas estas un Padre comun, que es aquel cuya bondad abraza desde el gorrion hasta el querubin.”

Directora. Es el principio y el fin de todas las cosas, y á quien exclusivamente toca dar leyes que á todos unan, obliguen y se estiendan sin ninguna imperfeccion. ¿Qué legislador pudo jamas igualarle? Solo él puede llamarse nuestra regla, solo él nos ilumina, solo él nos consuela, él es nuestro amparo, nuestro protector y el único apoyo de nuestras esperanzas.

Rector. “Por eso, decia el mismo Bonnet, ese hombre célebre, el mas profundo lógico del siglo pasado, he procurado penetrar el fondo de mi corazon, y como no he descubierto en él ningun motivo que pueda retraerme de admitir una doctrina tan propia para suplir la debilidad de mi corazon, para consolarme en mis aficciones y perfeccionar mi existencia, la recibo como el mayor beneficio que pudo Dios conceder á los hombres; y tambien la adoptaria, aun cuando no lo consi-

derase, sino como el mayor sistema de filosofía práctica.”

Maestra. Por eso se repite de continuo á las niñas, que todo nuestro bien consiste en amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos; debiendo pedir á este divino Señor, y á nuestro santo ángel, la práctica de estos dos principios en todas nuestras acciones.

Directora. Antes que se me olvide, Maestra, encargue vd. á las niñas que tengan gran devoción al Santo Angel de la República, pues estoy íntimamente persuadida que el sufrir tantos males como nos afligen, consiste especialmente en la casi ninguna que tenemos con este Angel tutelar.

Maestra. Se lo tengo muy prevenido, y aun los sábados se reza en comunidad desde que empezaron los males que tanto nos afligen.

Directora. Me alegro mucho: iba á prevenirlo á vd. cuando se habló de la devoción á San José y á Santa Teresa; y con la repentina llegada de Paccita se me olvidó. Basta por hoy. Queden vds. con Dios, hasta mañana, si Dios quiere.

Niñas. Si Dios quiere, si Dios quiere; pero mañana es el día de los dulces de aquellos bautizos, y los otros premios que vd. nos dijo.

Directora. Es verdad; no tenia presente que

era domingo. En tocando á dulces y premios tienen vds. mas memoria que todos, y no se les olvida....

Maestra. ¿Cómo quiere vd. se les olvide, si están continuamente contando los días que faltan para el que se les ha dicho?

Directora. Está bien, está bien; queden vds. con Dios, que yo diré á la señora Maestra los premios y dulces que ha de repartir á vds. con todo lo demas que sea del caso.

Niñas. Gracias, gracias señorita; muchas gracias.

